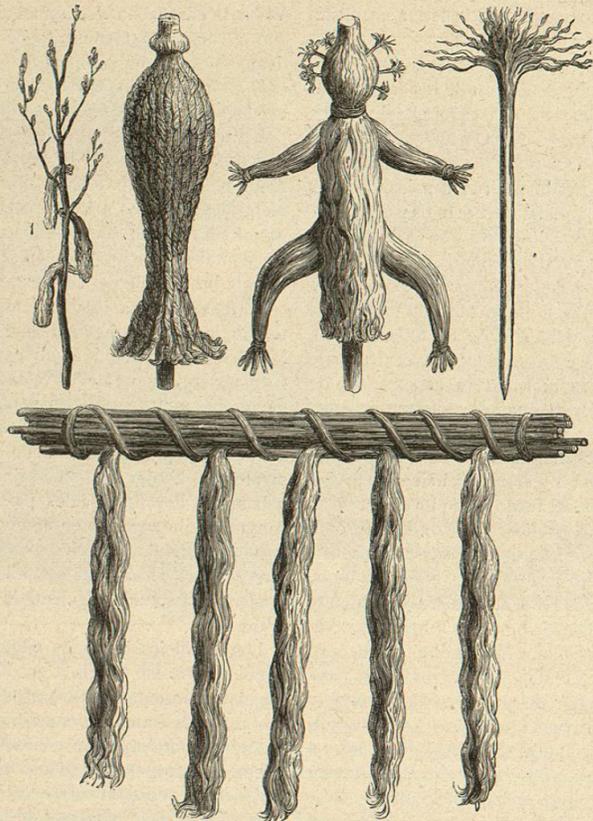


hermanos, tres cuñados y dos hermanas, y después se arrojó á un pozo. Se encontraron las diez cabezas delante del ídolo Ganapatí, y además una explicación escrita, en la que se declaraba no haberse cometido ningún crimen. Un periódico de las misiones evangelistas aseguró entonces que semejantes sacrificios no eran raros, y que pocos años antes eran comunes en el Mansamí. Cuando dos hombres reñían y el más débil no podía defenderse amenazaba con el Mansamí, iba á su casa, cogía á uno de sus hijos y le aplastaba la cabeza contra una piedra para que aquella sangre

inocente cayese como una maldición sobre la cabeza de su adversario. Había brahmanes que justificaban esta clase de infanticidios. El sacrificio de las viudas en la hoguera en que se consume el cadáver del marido pertenece á esas costumbres. En el *Rigveda* aconsejase á la viuda que suba al mundo de la luz con su esposo. Esta bárbara costumbre empezó seis siglos antes de nuestra era.

El culto iranio del fuego, que han conservado algunas tribus ó razas persas, tiene un origen común con el culto de Indra y Agni de los antiguos indios. Pero en el *Zenda-*



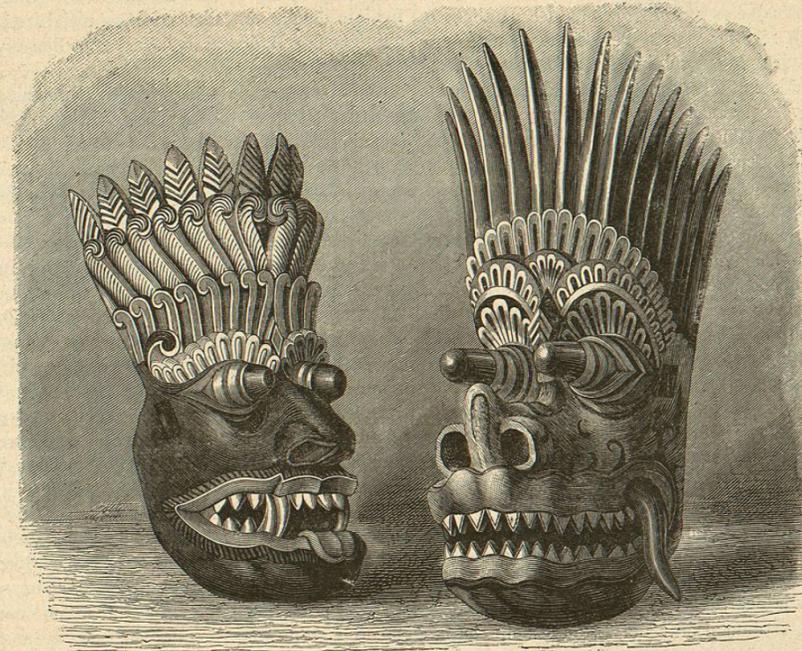
Inabos de los ainos (Dibujos de Srebold, Viena.)

*vesta* la tradición tiene color menos vivo. En las sagradas escrituras de los iranos el fuego está exactamente clasificado según su origen y sus efectos. El más sagrado es el Vacista, el fuego de las nubes, el rayo; pero el que se compone de quince fuegos distintos y que mata á todos los demonios, Veretragna, es el más fuerte. Cuando los antiguos griegos llamaban al fuego el dios de los persas, no entendían personificarlo, sino indicar esencialmente la fuerza del fuego, útil y poderosa. Los sectarios de su culto debían sin embargo considerarlo como un ser, pues al echar los sacrificios en él, decían: «Come, soberano fuego.» Era pecado poner leña húmeda, y los sacerdotes se acercaban á la hoguera con la boca tapada. Los parias de hoy día no soplan para apagar la luz ni echan agua en el fuego, aun en las casas que arden. El dios Mitra, que tiene 10.000 ojos para ver todas las injusticias, es el dios de la verdad y de la justicia. En su perpetua lucha contra las potestades de la oscuridad se trasluce la oposición de Ormuz y Arimán, que debía llegar á ser el fondo de la religión

persa. Los iranos ensalzan el agua, pues están rodeados de eriales. Confunden la lluvia con las estrellas, alaban más á Sirio por ser el astro que trae consigo lluvias abundantes y benéficas y veneran como diosa del agua á Arvidzura, que protege también la pureza y la fecundidad. Los iranos ofrecían el *soma* indio á la tierra como bebida expiatoria. En el siglo xiv antes de nuestra era, Zoroastro, de sangre real bactriana, reformó aquella creencia. En la luz y en la oscuridad, el bien y el mal, vuelven á parecer las oposiciones, y en la religión de este reformador descuella el premio de los buenos y el castigo de los malos en el juicio final. Una casta de sacerdotes, conocida en la antigüedad con el nombre de magos, ricos y respetados, se atribuyeron el exclusivo derecho de ofrecer sacrificios y dirigir súplicas eficaces á las divinidades. Se advierte en ellos mucha analogía con los camanes del Asia interior y también alguna con los sacerdotes astrólogos y conocedores de todas las ciencias de su época, que florecían en Babilonia y Asiria. Eran pues intercesores cerca de la divinidad y tenían poder é influencia,

aunque no formasen casta hereditaria. En el *Zendavesta* el fuego, como hijo de Auramazda, la tierra como su hija y cosas semejantes, indican las afinidades de parentesco entre los dioses antiguos. El séquito de Auramazda está compuesto de espíritus, seis de ellos colocados más cerca del trono y cuyos nombres representan ideas abstractas, como verdad pura, perfección, inmortalidad. Venérase é invócase también el tiempo sin fin. Las almas de los antepasados llenan el aire, velan por los buenos y defienden el mismo cielo de los ataques de los Deva (malos espíritus): estas almas habitan el Sud, pues lo malo viene del Norte. Los anima-

les también están clasificados en buenos y malos. Entre los primeros ocupa lugar preferente el gallo que anuncia la luz del día. Los sacrificios son casi todos de animales: caballos, bueyes, ganado menor. Probables, pero no seguros, son los sacrificios humanos. Muy respetadas eran las llamas, que surgen espontáneamente de la tierra; las más célebres, las de Baku, son de bastante utilidad á la industria moderna. El templo construido por los parias indios está en decadencia, y la desidiosa conducta de los sacerdotes es poco edificante. En los lugares destinados á los sacrificios, el sacerdote llamaba á los buenos espíritus. He-



Caretas singalesas. (Museo para Etnografía, Berlín.)

rodoto refiere como cosa notable en la religión de los persas, que no tenían templos ni imágenes. Los cadáveres no debían manchar el fuego ni la tierra, sino depositarse en una fosa abierta y revestida de piedras, vueltos hacia el sol y expuestos á las fieras. Este sistema no ha podido satisfacer por mucho tiempo las aspiraciones de un pueblo. Los espíritus se cambian en espectros. El culto del fuego de los parsos reducido hoy día á pocos millares de creyentes, casi pertenece á la historia.

La creencia de los *Veda* se ha conservado en la India aun después de la derrota que sufrieron con la introducción del budhismo. El brahmanismo sacerdotal no se ha transformado enteramente en la idolatría de Vichnú, Siva y Brahma. Exteriormente parece que el brahmanismo, en su lucha con el budhismo, haya perdido sus elementos espirituales. Pero de la misma manera que la observancia del sistema de castas y de los ayunos demuestra la influencia del brahmanismo, la conservación de los *Veda*, como autoridad suprema en la vida y en la fe, prueba cuán profundamente arraigado está el culto de estos sagrados libros. Una casta sacerdotal de algunos millares de individuos, que viven en el retiro de una manera casi monástica, que no quieren hablar el bengalí y mucho menos el inglés, sino tan sólo el sánscrito, lengua que también escriben, y que consideran como primer deber aprender de

memoria todo el *Rigveda*, es la conservadora de la antigua fe. Hoy día se cuentan 145 millones de brahmanistas casi todos los cuales están en la India.

La doctrina de Budha, que salió del brahmanismo en el sexto siglo antes de nuestra era, ha llegado á ser la religión de una gran parte de la humanidad; pues que el Este, la mitad del Sud y el interior de Asia la siguen. En oposición al sistema de Brahma-Vichnú-Siva, el budhismo atribuyó la mayor importancia al fondo de la religión. Los brahmanes con su enseñanza, que consistía casi enteramente en rituales y etiquetas de casta, habían encadenado la vida del pueblo y llegado á ser una pesada carga. Un príncipe de Capilavastú, vástago de la antigua familia Saquia, que nació en el año 623 antes de J. C., conmovióse tanto al presenciar la desdichada condición de los hombres, de la que nadie se cuidaba, que á los 29 años de edad salió de su real palacio y abandonó el caballo, las armas y los adornos, y entonces muchos personajes de su corte comprendieron lo doloroso de la vida humana. Los brahmanes le enseñaron lo que sabían; pero en lo que enseñaban no estaba explicada la causa del mal ni tampoco indicado el remedio. Después de morar seis años en la soledad y de haber comprendido el valor de la pobreza para destruir las pasiones malas é iluminar el espíritu, Saquiamuni se convirtió en Budha el Iluminado. Empezó á predicar llevando en la

mano una olla y un báculo, y recorrió el país anunciando las cuatro grandes verdades: el mal, el origen del mal, el aniquilamiento del mal y el camino que se ha de seguir para conseguirlo. En su doctrina se hacía resaltar la maldad de los hombres, la inestabilidad de todas las existencias, el tormento del continuo movimiento de la rueda del mundo, la aspiración suprema y la liberación del hombre de las garras del mal. El dolor está en el deseo; el triunfo del deseo se alcanza cuando se separa el alma del cuerpo: entrar en el *nirvana* (la nada) es salvarse. Con palabras claras Budha exigía á sus discípulos una vida de desprendimiento, pobreza, castidad; y les decía que vestidos de harapos, con los cabellos cortados, la olla del mendigo en la mano, debían recorrer el país. Pero como no todos podían seguir un ejemplo tan sublime, quedaba para el pueblo, del cual cuidaba Budha muy concienzudamente, el resultado práctico de embotar las malas pasiones con privaciones poco difíciles. Pues que la humanidad entera es una comunidad de desdichados, debían ayudarse mutuamente, practicar la misericordia y la paciencia y no publicar sus buenas obras, sino más bien sus faltas. En breves fórmulas ofrecía al pueblo una enseñanza moral clara y sencilla y luego le prometía la liberación de las cadenas de las castas, de la preocupación de las cosas puras é impuras y del vano ritual. Este don era tan precioso, que fué abandonado con alegría el culto de las antiguas divinidades, para las cuales no había lugar en el *nirvana* de Budha. Ya mientras vivía había reunido suficientes prosélitos para triunfar de todas las persecuciones. Dejó un número infinito de sectarios, entre ellos discípulos fieles, á los cuales mandó antes de su muerte que recogiesen sus máximas y las anunciaran al mundo. Murió 543 años antes de J. C., pronunciando las palabras: «Nada tiene duración.»

Este mandato á sus discípulos indica el principio de una poderosa propaganda; pero el haber encerrado sus cenizas en una urna de oro indica al propio tiempo la rápida caída de las alturas de la pobreza voluntaria. Las persecuciones por parte de los brahmanistas y del Estado completaron la obra de crear una religión para centenares de millones de hombres, sacada únicamente de la enseñanza moral de uno solo. Contemplado de lejos, el budhismo es un interesante ejemplo de progreso; mas á pesar de su aparente profundidad, como no está fundado en la verdad, es una idolatría como las demás. Cuando después de siglos enteros de persecución, el brahmanismo y el budhismo aprendieron á tolerarse mutuamente, entonces se vió cuánto había tomado el segundo del primero, pues en el siglo oncenno el budhismo pasó de la India á Ceilán, donde ha subsistido en su mayor pureza, y desde donde ha hecho grandes conquistas en el Asia meridional y oriental. El budhismo es, por decirlo así, una ampliación del brahmanismo, y el desarrollo de las lenguas viejas del sánscrito no se ha efectuado por casualidad en la misma época. Una gran parte de la población podía hacer caso omiso de los antiguos Vedas, pues estos libros no los comprendía sino un limitado número de individuos. A pesar de todo, no ocurrió un verdadero cambio en la vida interior ni en la exterior. Asegúrase que el tercer siglo de nuestra era marcó para India el tránsito de lo antiguo á lo nuevo, tanto en el lenguaje como en las creencias y en la civilización. En tiempo de Asoca, rey de Palatipura, 255 ó 242 años antes de J. C., se celebró el gran concilio budhista, que puso el sello á su institución. Las primeras inscripciones en lenguas procedentes del sánscrito son de aquella época. El budhismo se fué extendiendo cada vez más, pero la cultura india era ya demasiado antigua para que pudiera cambiar de raíz.

La historia de los pueblos indios continúa siendo una historia de progreso y de retroceso del despotismo. El budhismo no despierta el entusiasmo, no puede enardecer á hombres acostumbrados á obedecer callando, á reflexionar tristemente, á repetir las mismas cosas con extraordinaria paciencia. No se le puede negar el mérito de haber desterrado el fanatismo intolerante.

Son contemporáneos los símbolos brahmanistas y budhistas en todas las regiones donde penetraron influencias indias.

Existen pruebas históricas de que el budhismo junto con el brahmanismo, es decir el culto de Vichnú, y de Siva fué introducido en Ceilán por reyes malabares, adorándose allí todavía á Budha al lado de estos dioses y aun en los mismos templos.

En el templo de Chapinyu en Birmania, Phayre encontró el retrato de Budha al lado de los dioses de la mitología brahmánica. Le dijeron los sacerdotes que los habían colocado allí, ya como dioses inferiores, ó ya también para atraer á los brahmanes al culto de Budha. El pueblo los veneraba á todos de la misma manera. En Camboya, donde el templo de Ankor Vaht ofrece esta mezcla en su expresión clásica, existieron, según Delaporte, dos períodos sucesivos de la historia religiosa. Podría ser también, sin embargo, que alguna imagen y símbolos de Budha llegarán á ser incomprensibles y fueran por esta razón admitidos en los templos brahmánicos. Las condiciones de una región en que se encontraban ambos sistemas son instructivas para el conocimiento del estado confuso y de mezcla en que hubo de arraigar el budhismo. Entre el pueblo la religión consiste en la creencia en los dioses protectores locales. Dominan, además, las ideas budhistas de la vida futura, pero más materializadas. Una parte de los cambodjanos confunde el *nirvana* de Budha con el paraíso cristiano y el de Mahoma, mientras que otros opinan que es la nada. Opinan también que además del *nirvana* hay un infierno de siete graduaciones con penas progresivamente mayores. Quedó la cosmogonía de Brahma, pero Brahma es el custodio del paraíso. Se conservó también la doctrina de la transmigración de las almas. Adórase á Budha bajo dos formas: Budha verdadero y Mittreya. Este último es la divinidad más importante y al propio tiempo el *mesías*, bajo cuyo reinado habrá en la tierra una especie de siglo de oro. En Siam la religión es brahmánica, pero muy fraccionada. Los siameses representan en sus templos á su primer maestro bajo la figura de un joven de cabello rizado y estatura colosal. En la Indo-China se extendió mucho el culto del *Lingam*. No hay país donde se vean tantas variedades de religión como en la India. Los *jadeia* de Kathiawar, echados de su patria, encontraron un refugio entre los *radjputas*, pero con la condición de que abandonaran el islamismo. Ahora han conservado el culto de Vichnú y del filósofo divinizado, que caracteriza á los antiguos jates: tomaron de los *radjputas* el culto del sol, del caballo y de Sira bajo el símbolo del *Lingam*, á pesar de lo cual siguen observando las prescripciones del Corán. Los *koles* son exteriormente adictos en todo á la religión de Brahma. Los *mhaire*s y los *bhiles* prestan culto á los árboles y á las piedras y desprecian la distinción de castas; los jates añaden á esto el respeto á las tradiciones de Vichnú.

Los akas que viven en las fronteras que separan á la India del Tibet han recibido de la primera sus creencias en un Ser supremo y en otra vida y su sacerdocio y del segundo las imágenes de Budha que para ellos representan á los dioses principales.

Ceilán, después de la decadencia del budhismo en el

continente de la India, ha ocupado un lugar distinguido en la historia de este culto y conquistado el Sud y el Este de Asia.

Esta isla era, á mediados del siglo sexto un emporio universal adonde acudían los comerciantes de Oriente y de Occidente, de China y de Bizancio: desde ella fomentábase la actividad de las misiones budhistas y el budhismo de la India posterior presenta muchas huellas de su procedencia de aquella isla cuyos santuarios aun en la actualidad disputan á los de Lhasa la preeminencia en punto á reliquias y á milagros.

La huella del pie de Budha en el monte de Adam y la muela de Budha encerrada en varias preciosas cajas atraen anualmente millares de devotos peregrinos. El arte budhista ha producido en los templos de Ceilán lo más hermoso y grande de la arquitectura india. En el siglo VII el rey del Tibet elevó el budhismo á religión del Estado. Pero ya no era el budhismo de Gautama. Introduciendo en él á Siva con su séquito de demonios, y considerándolo como á juez del infierno, la superstición y la brujería prevalecieron.

Este era el poder principal con que los budhistas influían en frente de los camanes indígenas, sobre el pueblo rudo y salvaje del «terrible país de la nieve.» La superioridad que su gran ilustración daba á los advenedizos y la concentración que exigieron y fomentaron las luchas con los sacerdotes y los príncipes indígenas, fueron desarrollándose paulatinamente, por encontrar los maestros indios en los niños del país dignos sucesores y gracias á la completa victoria de su sistema, hasta formar aquella jerarquía que con sus grandes lamas, el Dalai-Lama de Lhasa y el pantjerinpotje de Tajilumpo, se hizo al fin con la soberanía política del Tibet. El budhismo llevó allí muchas cosas y recibió el culto externo que le hizo prevalecer sobre el camanismo del Asia interior.

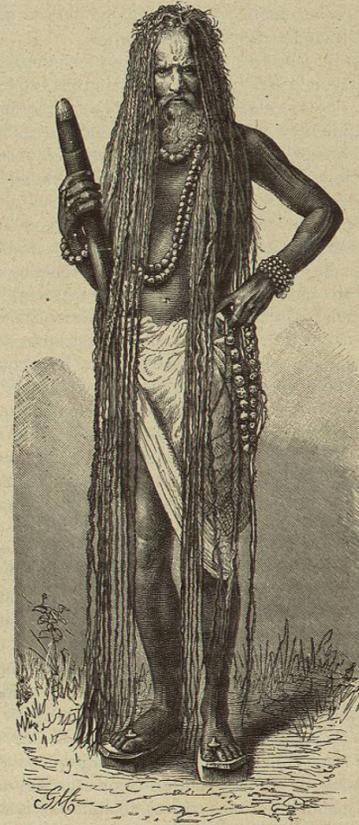
El budhismo conoció en sus superiores formas de desenvolvimiento todos los medios infantiles ó rudos á que apelan otras religiones, para ponerse en comunicación con el Ser supremo.

El celibato y la tonsura, las campanas y el incienso llamaron la atención de los observadores. Algunos antiguos misioneros cristianos creyeron reconocer en el budhismo tibetano mogul una obra diabólica. El budhista recorre largos trechos para llegar á algún santuario y dedicarse á ejercicios de penitencia. En el Japón hay centenares de millares de frailes y monjas budhistas. En los templos de Budha hay imágenes de dioses, rosarios, exvotos, tales como brazos, piernas y corazones de madera, trenzas polvorientas, sandalias de paja y cuadros votivos, en que se ven representadas salvaciones de peligros de muerte. El camino que va á un templo de Budha en el Japón está lleno de tiendas, en las que se venden amuletos, rosarios, ídolos pequeños é imágenes de Daikoku, dios de la riqueza.

El budhismo supo siempre mantener á sus adeptos envueltos en las nebulosidades de una semiconciencia favorable en extremo á la fe. El sagrado recinto de los templos budhistas con sus cirios colosales, con sus flores de loto doradas ó plateadas, con sus extravagantes objetos de laca, con sus campanas, gongos y trompetas significa para los budhistas ilustrados un conjunto de símbolos profundísimos que llevan al espíritu á los lejanos espacios del misticismo.

En el sombrío interior de dichos templos, oscurecidos más aún por los vapores del incienso, se ve á los sacerdotes con cabeza calva y riquísimos trajes, andar sin ruido por las esteras que rodean el altar, sobre el cual está la alacena de la diosa; encienden las velas sagradas murmurando

plegarias y tocando las campanillas que cuelgan en rededor. Varia es la multitud que allí acude, y no menos vario su modo de orar; los unos repiten muchas veces ciertas palabras en una lengua desconocida, otros juntan y levantan las manos, otros menean la cabeza, otros rezan una especie de rosario, etc.; pocos, verdaderamente contritos, muestran devoción y se arrodillan con mucho fervor. La práctica más extraña es la de escribir un juramento ó un deseo en un papel que luego mascan y reducen á una bolita, que tiran por la verja al rostro del dios, siendo buena



Fakir indio. (De una fotografía.)

señal cuando la bolita se queda allí pegada, porque se tiene por cierto que el deseo del que la tiró se ha de cumplir.

En la India posterior hasta las aldeas más humildes tienen sus templos y los pastores del centro de Asia llevan consigo tiendas-santuarios. Estos templos en donde pernoctan los extranjeros, pues además del religioso tienen el carácter de casas comunes, no son á menudo otra cosa que grandes cuartos abiertos por tres lados: el cuarto está cerrado con paja ó con bambúes y á lo largo de él corre un mísero camistrajó. Tales edificios no suelen contener ninguna imagen de Budha, pero tienen en el centro una pequeña choza de madera con esculturas más ó menos ricas que representa una pagoda en miniatura y en cuyas angulosidades están suspendidos amuletos, fórmulas de oraciones y cintas de colores varios.

Casi en todas las aldeas de los ladakis hay un monasterio, y allí entra como sacerdote lama un hijo de cada familia.